

ESPAÑA EVANGÉLICA

Número confeccionado por „Portugal Novo“, de Lisboa, bajo los auspicios de la Alianza Evangélica Portuguesa.

AÑO X. — NÚM. 488

Madrid, 30 de Mayo de 1929

PRECIO: 15 CÉNTS.

FRATERNIDAD PENINSULAR

Los pueblos, únicos en su heroico atrevimiento, intentaron repartirse el mundo, por el Tratado de Tordesillas, en el siglo XVI. El acero de Toledo, templado por la audacia legendaria del Cid Campeador y del terrible Ibn-Errick de Portugal, ofrecióse al Papa, a fin de que partiera el mundo por descubrir, en dos mitades, como labrador que repartiese entre los hijos el pan del almuerzo.

Hoy quieren firmar las naciones ibéricas un nuevo Tratado, en el cual no entran las Cancillerías, y para el cual no es preciso un Papa. Su objeto es modesto, pero sublime: la fraternidad.

A despecho de los energúmenos de *L'Action Française*, que le llaman *estipi-*

do, el siglo pasado fué el de las luces. Es necesario que éste sea el de las paces. Claro que el siglo pasado no tuvo la perfecta Luz, ni éste tal vez tenga la perfecta Paz; pero, entre tanto, las luces perduran en una convergencia para la Luz, y las paces se asocian en una perpetuidad que refleja la Paz.

¿Sabremos nosotros, los pueblos peninsulares, hacer real la paz, que tiene sus raíces en la fraternidad, y no una caricatura de tregua, que se firma meramente en los Tratados, pero sin la amistad que une los corazones?

Los cristianos, que deben marchar en la vanguardia de las grandes iniciativas de amor y de libertad, no pueden despreciar este movimiento; antes desean unirlo

del espíritu del Evangelio, que es el gran Mensaje de Amistad.

Cristo fué y es el Amigo de los hombres. Ante sus lágrimas, cuando Lázaro es muerto, los aldeanos de Betania dicen «Mirad cómo le amaba» (Juan, XI, 36). El más joven de sus compañeros habituales, profundamente impresionado por el sentido de amistad emanado del Maestro, se intitula a sí mismo: «aquel a quien Jesús amaba» (Juan, XIII, 23). Y a todos sus discípulos dice el Señor: «Ninguno tiene mayor amor que éste: que alguno dé su vida por sus amigos» (Juan, XV, 13). Y este Modelo grande de amistad humana quedó hasta nuestros días, hermoso y altísimo, como el mayor de todos, porque se ofrece, se propaga, se insinúa, se inculca, se con-

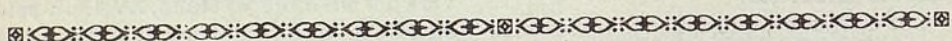


LISBOA. LA PLAZA DEL ROCIO
Centro del movimiento de la bella capital portuguesa.

tagia, se firma, mayor que todo, porque es divino; viene de Cristo-Dios.

Rara est concordia fratrum, decían los antiguos, viendo a sus ojos desolados pocas excepciones en el terreno del egoísmo humano: Castor y Pollux, en el Olimpo; Orestes y Pilades, en la leyenda; Damao y Pitias, en la historia profana; David y Jonatán, en la Historia Sagrada. ¡Bien rara es una perfecta alianza de almas amigas, que sean como hermanas! Pero nosotros, siervos de Aquel que nos dió su divino mandato y ejemplo, diciendo: «Amaos los unos a los otros, como yo os he amado», nosotros sabremos con su auxilio triunfar en amor.

Amor que se extiende y suaviza, como el óleo derramado sobre la frente y la barba de Aarón, que desciende hasta el gorjal de sus vestiduras, no exige odio a los otros, para practicarse, como la amistad de los *fratres jurati* de la Edad Media. Ni se impone con la tiranía, como la «fraternidad o muerte», de la Revolución francesa. Atrae, mas no repele. Es atractiva, mas no es traidor. No blande el crucifijo, como si fuera el alfanje de Mahoma, el cordón de los frailes de Santo Domingo.



Unión fraternal en las Iglesias de la Península.

EL rey de los godos, Leovigildo, extendió en el siglo VI sus dominios por toda la Península Ibérica, haciendo de las Monarquías de España y Lusitania una sola: la Monarquía visigótica. Como consecuencia, las Iglesias que había en Iberia se fundieron también en una sola Iglesia: la Iglesia visigótica. Es cierto que esa unión eclesiástica tuvo en su origen la unificación de diferentes Estados; pero los resultados fueron magníficos, porque la Iglesia, en ese tiempo independiente de Roma, y dirigida por sus Concilios, compuestos de eclesiásticos y laicos, con un carácter democrático, pudo visiblemente fortalecerse, contribuyendo así al bien de los pueblos peninsulares.

Ahora los cristianos protestantes de España y Portugal, con una espontaneidad, hija de sentimientos evangélicos procuran estrechar, cada vez más, los lazos de fraternidad, conservando, sin embargo, sus características denominaciones; mas comprendiendo el gran valor de la unión espiritual de las Iglesias para la cristianización de las dos naciones hermanas. Todos aman a sus Iglesias; mas ya no hay duda en la Cristiandad protestante, de que lo principal es predicar a Cristo, potencia de Dios y sabiduría de

La fraternidad era para Plutarco, pagano a pesar de todo, una aspiración no satisfecha en los mismos hermosos ejemplos que nos da. En Bernardino de Saint-Pierre es, por el contrario, una realidad cristiana y triunfante, porque ya el sol de Cristo dora las cumbres del mundo y va disipando las tinieblas que bajan a los valles profundos del egoísmo natural.

¡Ah, hermanos y amigos! ¡Cuán buena es la amistad que fraternalmente respeta la personalidad y la quiere enaltecer en mutua honra! ¡Que abate la desconfianza y enlaza los corazones!

Manifiéstese la Reforma peninsular del siglo XX, movimiento fortalecido por la experiencia robusta que nos da la Reforma francogermánica del siglo XVI y la anglobohemía del siglo XIV. Evangelicéense los caballerescos pueblos de España y el brioso pueblo de Portugal. Nímense de luz cristiana las lenguas en que fueron escritos *Los Lusitadas* y *Don Quijote*, la epopeya del esfuerzo y el romance del alma, y habremos contribuido con generosa parte al tesoro moral del mundo.

EDUARDO MOREIRA,

Presidente de la Alianza Evangélica Portuguesa.

Unión Evangélica de la Península.

Cuando dejamos a nuestra alma pensar sobre el sagrado acto del inspirado Concilio de Jerusalem, que se encuentra en el capítulo XV de los Hechos de los Apóstoles, sentimos que, el amor de Dios se había derramado por el Espíritu Santo en todos aquellos corazones. No más odio secular de los judíos contra los gentiles; no más orgullo, esa arrogante superioridad que los israelitas usaban con todos los demás pueblos. Nada de eso.

Nótase, por el contrario, el deseo unánime de quitar a los gentiles todas las penas de la dispensación mosaica; de aliviarlos de todo peso de duras obligaciones ritualistas; de darles perfecta seguridad de salvación por la gracia de Dios; de ayudarlos; de consolarlos, y de recibirlos con entrañable amor, como sus hermanos en Cristo y coparticipes de los mismos privilegios de que ellos gozaban.

He aquí el poder maravilloso y los gloriosos frutos del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué religión, filosofía o teoría humana nos podrá presentar, en la práctica, tan gratos y tan reales resultados?

«Cristo derribó la pared intermedia de separación: la enemistad» — dice el Apóstol de las gentes —. ¿Qué pueden los odios de razas, los odios tradicionales, los odios políticos o religiosos cuando el Espíritu de Cristo entra en los corazones y los inunda de amor?

Y después de todo lo que hemos contemplado y experimentado como discípulos del Divino Maestro, no nos cabe duda alguna de que la unión, tantas veces intentada por varios medios humanos, mas todavía no realizada, se lleve a efecto por el poder del Evangelio, que hoy, con la ayuda de Dios, se haya bastante difundido entre españoles y portugueses.

Hace cuarenta años, en uno de sus muchos y bellos trabajos literarios, y bajo el título «Vecinos que no se tratan», expresaba la eximia escritora española, doña Emilia Pardo Bazán, su profundo sentimiento y ardiente deseo de que los dos pueblos de la Península se reconciliaran y sus relaciones se estrecharan como entre verdaderos hermanos. Con todo, eran solamente deseos de una buena alma como de tantas otras de ambos países estamos ciertos de ello. Pero faltaba el poder para satisfacer esos deseos.

Los cristianos evangélicos saben que hay Uno que tiene poder para satisfacer sus deseos y convertirlos en realidad. Con esta confianza escribimos estas líneas.

Que el amor de Cristo nos una en forma tal que sea manifiesto a toda gente el maravilloso poder del Evangelio del bendito Hijo de Dios.

¡Oremos por la unión evangélica de los dos pueblos de la Península!

J. SANTOS FIGUEIREDO,
Obispo electo de la Iglesia Lusitana.

J. A. SANTOS E SILVA,
Pastor de la Iglesia Congregacionalista.

ESPAÑA — PORTUGAL — BRASIL

EN 1900 era yo todavía muy pequeño, pero ya empezaba a comprender las cosas. Oía rumores de propaganda evangélica y veía el horror que la «nueva religión» causaba entre la gente de S. Joao d'El Rei, llamada, con justicia, la Roma de Minas. Minas era mi provincia.

Pasaron tres años, y cierta noche (era yo ya un mozalbete), al pasar por la calle del Comercio con otros muchachos, oí la música de un órgano y voces que cantaban. Atraído por ello, dejé a los compañeros y me aproximé a la casa de donde salían las voces. La puerta estaba abierta. Era una sala, en la que habría unas veinte personas que, en pie, cantaban, leyendo en un librito.

Terminado el cántico, levantóse, en una pequeña tribuna, al fondo, un hombre alto, ojos y cabellos negros, muy simpático, que leyó algo en un libro grande. De la lectura se me grabaron en mi mente de una manera indeleble estas palabras: «Me levantaré e iré a mi padre».

Sabed ahora por qué esas palabras no se apartaron jamás de mi memoria: es que hacía poco tiempo que había perdido a mis padres.

Años después, en mi tierra natal, Lavras, conocí el Evangelio más profundamente. Entonces trabé conocimiento con el hombre alto, ojos y cabello negros, muy simpático: era él, el español D. Egidio Veiga Suárez, convertido al Evangelio y candidato al ministerio evangélico, que hacía su curso práctico bajo la dirección de la Misión Este del Brasil, en la cual llegué a convertirme también.

D. Egidio, cuando supo que yo había sido criado en S. Joao d'El Rei, y que allí ayudaba inconscientemente a perseguir a los evangélicos, se convirtió en un gran amigo mío y me ayudó mucho en la fe.

Este fué mi primer contacto con la piadosa alma española.

Y los años corrieron... 1909. Soy alumno de quinto año en mis estudios de bachiller en ciencias y letras, y hago mi preparación para el curso de Teología. Mi profesor de Lógica y de Historia Universal es el ex sacerdote D. Santiago Matilla, fino talento, óptimo crítico histórico, que paternalmente nos reúne a mí y a otros candidatos al ministerio en su propia casa, donde nos da buenos consejos y nociones de Retórica sagrada.

Y así tuve el segundo encuentro con la bondadosa alma española.

Y los años continúan su carrera... 1912. Estoy en el curso de Teología, en Campinas de S. Paulo. Sábado. En el coche de segunda del tren para Braganza voy a visitar la iglesia de mi amigo el reverendo Boyle. En Atibaia suben muchas personas, todas españolas. Después que el tren se pone en movimiento, un grupo comienza a cantar un himno: «¡Avante, avante, o crentes!» Cierro el libro *El problema del mal*, de Ernesto Naville, que voy leyendo, y me acerco al grupo que canta. Conocida mi personalidad, los españoles, entre los cuales había unos diez creyentes, me reciben de manera tan cariñosa que pienso en la significación del texto que nos dice que el siervo de Cristo encontrará en el mundo cien veces más hermanos, hermanas, madres y padres...

Y por tercera vez mi alma sintió el calor del alma noble de España.

blema del mal, de Ernesto Naville, que voy leyendo, y me acerco al grupo que canta. Conocida mi personalidad, los españoles, entre los cuales había unos diez creyentes, me reciben de manera tan cariñosa que pienso en la significación del texto que nos dice que el siervo de Cristo encontrará en el mundo cien veces más hermanos, hermanas, madres y padres...



Iglesia Presbiteriana de Lisboa.

1918... El tiempo corre otra vez. Soy pastor en Caxambú. Oigo hablar de un sacerdote que aceptó el Evangelio. Voy a buscarle. Es Ricardo Mayorga, joven todavía, como yo era entonces, lleno de entusiasmo por la causa que abrazó, pero poco experimentado. Lo tomo conmigo y lo llevo a través de mi vasto campo de acción, donde él predica el Evangelio con ardor. Él aprende alguna cosa de mí; yo aprendo mucho de él...

Una vez más Dios pone mi corazón en contacto con el alma vibrante de la lejana España.

Después conozco a dos jóvenes ardientes de fe y piedad, Fermin Míguez y Pedro Rodríguez, que pasan convertidos al Señor por las mismas aulas, en mi tierra, donde se preparan para el curso de Teología. Ahora, 1920, están en el Seminario por donde yo pasé. Son dos hijos de la grande España, que se harán dos ilustres predicadores del Evangelio, y en el coloso de la América del Sur, en aquel dulce Brasil, arrebatan almas para Cristo...

1928. Soy misionero en Portugal. Aquí y en mi querido Brasil, ahora tan lejano, el alma evangélica vibra de gratitud al Señor Dios en la conmemoración del tricentenario de Almeida, el traductor de la Biblia al portugués.

Y el alma cristiana de España, que también vive de la Palabra de Dios, viene a «alegrarse con los que se alegran», fundiéndose con el alma lusitana en su legítima alegría en las nobilísimas personas de Fernando Cabrera, Adolfo Araujo y Agustín Arenales...

De estas tres personas, una viene a mi hogar: es Agustín Arenales. Predica en mi iglesia. Cuéntame sus experiencias de antiguo sacerdote y de creyente en el Señor Jesús, de evangelista entusiasta y de sus viajes por la América. Y su piedad, su bondad, su ilustración, me hacen volver al pasado y ver a través de la nostalgia por la Patria el alma española en el Brasil: Egidio Soarez, que ya está con el Señor; Santiago Matilla, Mayorga, Rodríguez, Míguez, éstos en franca actividad de evangelización.

Y fué ese el más vivo, el más vibrante contacto que tuve con la grande alma evangélica de España. Y yo agradezco a Dios los españoles que Él tiene dados para la evangelización del Brasil.

Y en todo esto está la mano del Señor, que nos indica el camino a seguir para que ganemos el alma latina para Cristo. Yo percibo que el Espíritu Santo confía a los tres grandes países, España, Portugal y Brasil, la tarea gloriosa de hacer pedazos, con el poder del Evangelio, los restos de la muralla contra la Reforma, que especialmente en los dos primeros fué tan poderosamente levantada.

En la cooperación de los tres países está la mayor fuerza de la evangelización latina. En el centro del triángulo formado por los tres lados, España-Portugal-Brasil, pongamos este lema: «Salvar a la raza latina por el Evangelio de Cristo».

PASCUAL PITTA,

Pastor de la Iglesia Presbiteriana.

VICTORIA SEGURA

En el momento que pasa, cuando la Roma papal reconquista una apariencia de poder medioeval, y cuando el racionalismo se esconde avergonzado de su iconoclasticismo, urge despertar la conciencia cristiana evangélica para que los pueblos no sean otra vez absorbidos por la superstición, sino antes bien, por un valiente testimonio, sean impelidos a la práctica del Evangelio de Cristo.

Portugal y España, que en la cuestión espiritual se hermanan, como en tantas otras cosas, ya tienen en su seno bastante del fermento del Evangelio, capaz de leudar toda la masa, aquella masa bien representativa, en costumbres y enseñanzas, del Pan vivo que descendió del cielo.

Para este fin es necesario no perder la oportunidad que pasa, mostrando que los cristianos evangélicos no son culpados de irreverente demagogia, ni quieren ser cómplices de una restauración de maléfica superstición, sino que su ideal está en despojarse del *hombre viejo*, y vestirse el *hombre nuevo*, el cual deja de rasprear por el fango de la tierra para aspirar al brillo de las estrellas.

Hágase esto, y la victoria será segura.

A. PEREIRA D'ARAUJO,

Ministro de la Iglesia Lusitana.

¿Estuvo San Pablo en la Península?

Es ésta una pregunta que, seguramente, se habrán hecho muchos cristianos, y a la cual, por desgracia, no puede contestarse de una manera concreta. La historia de los comienzos de la Iglesia Cristiana en la Península Ibérica se encuentra envuelta en tan espesa niebla, que no podemos tener ninguna certeza de lo que fué ni de cuándo comenzó este movimiento. Apenas si sabemos que data de fines del siglo I, atribuyéndolo unos a la predicación de San Pablo; otros, a la predicación de Santiago, y unos terceros, a la de los cristianos que, habiendo aceptado las doctrinas de Jesús en la ciudad de Roma (no el asien- to de la Iglesia romana de nuestros días), vinieron después a enseñarla a los pueblos a este extremo de la Europa, tan encantador por sus paisajes y clima, y ya en aquella época centro de adelantada cultura.

No tenemos la pretensión de disipar estas tinieblas a que nos referimos, y que otros, mucho más autorizados que nosotros, no las disiparon; sino sólo dar una ligera noticia de lo que los teólogos e historiadores han conseguido deducir. La idea de la venida de Santiago a España está acompañada de numerosas fábulas, como, por ejemplo, aquella de que, estando Santiago orando junto al río Ebro con algunos discípulos, la Madre de Jesús vino de repente desde Jerusalem, y que los ángeles, para perpetuar la memoria de tan extraño suceso, trajeron allí un pilar con su imagen, la cual, por muchos siglos se veneró, y no solamente se venera en Zaragoza.

Respecto a la visita de San Pablo, si no podemos garantizarla, es cierto que muchos escritores se deciden por la afirmativa. En el III, IV y V siglo, su viaje a España era considerado como cierto. Que el Apóstol pensaba visitar a nuestros antepasados es cosa absolutamente indudable, porque es él mismo quien nos lo dice en su carta a los romanos, cap. XV, versículo 24: «Cuando emprenda mi viaje para España, espero veros al pasar».

Puede tal vez deducirse por estas palabras que su intención no era la de hacer a la capital del Imperio una visita tan demorada como aquella que por circunstancias fortuitas iba a hacer, ni caigamos por eso en el error de decir que la visita a Roma no ofrecía a San Pablo nada de seductor ni encantador; aparte de algunos amigos que él deseaba visitar, su intención era morar allí lo menos posible para no retrasar su viaje a España, cuya oportunidad aguardaba con impaciencia, como pretenden los romanistas, por lo menos monseñor Ferreira, ex prior de Vila do Conde, en su opúsculo *Orígenes del Cristianismo en la Península hispánica*, para así quitar salida al callejón, se-

gún el dicho, de la importante actuación de San Pedro entre los cristianos de Roma y de su hipotético obispado en esa ciudad, cuando es evidente que este Apóstol desenvolvió su actividad en el Asia, siendo probablemente su estancia en Roma, en caso de que haya sido cierta de muy corta duración.

San Pablo no podía conceder tan poca importancia, como le quieren atribuir, a una iglesia, fuese cual fuese. Esta idea es incompatible con un hombre que tan ce-



Iglesia de "Marianos", de Lisboa. Antiguo templo católico, donde predicó D. Angel H. de Mora.

loso fué siempre con las cosas del Señor. Si San Pablo proyectó visitar Roma de paso, no fué, sin duda, con el propósito de pasar rápida y casi meteóricamente, sino sólo para ahorrar tiempo, pues para el que vivía en Oriente y se dirigía a España Roma estaba en el camino; ahorro de tiempo, sin duda, mucho más importante para la manera de ser de San Pablo, dado su celo por las cosas del Señor, como ya hemos dicho.

Entre los autores que defienden su estancia aquí, citaremos Teodoreto, Atanasio, Jerónimo, Clemente, amigo y colaborador de San Pablo, que en su Epístola a los Corintios, escrita por el año 96, dice: «Pablo... hecho predicador de la Palabra divina en Oriente y Occidente... después de enseñar al mundo entero, vino a los confines de Occidente... y dió testimonio de su fe delante de los perfectos...», etc. La frase «confines de Occidente» se refiere, ciertamente, a la Península ibérica.

Sobre el primer punto de que San Pablo predicó en España el Evangelio, hay también sus dudas. Afirman unos que

fué en Tortosa donde ordenó de obispo a Rufo, por lo cual los obispos de Tarragona no renuncian al título de Primados de la Península, alegando que el Apóstol de las gentes la visitó primero.

El hecho de que entre la liberación de San Pablo de su prisión (año 63) y su martirio (año 66 ó 67) apenas medien tres o cuatro años, no me parece lo bastante fuerte para refutar por sí solo su visita a esta parte de Europa; pues, aunque los viajes en aquella época fuesen mucho más largos que hoy, el lapso de tres o cuatro años debió haber sido suficiente para permitir al gran discípulo de Jesús de realizar su deseo y volver a Roma, donde recibió la corona de la gloria, sobre todo si el viaje era por mar, como parece probable. Con todo, es bueno observar que es improbable que San Pablo dejara Roma inmediatamente después de su liberación. Más importante nos parece su silencio respecto de este asunto en sus epístolas a los Filipenses, Efesios, Colosenses y Filemón, las cuales datan, más o menos, del año 66, lo cual parece afirmar que San Pablo no realizó su deseo.

Como conclusión diremos que parece más positivo que algunos judíos de la dispersión, habiendo oído la predicación del Evangelio en Pentecostés, lo trajeran a esta provincia romana.

No queremos cerrar estas líneas, escritas sin pretensiones, sin manifestar que, entre los varios libros que hemos consultado sobre el asunto, nos fué muy útil el trabajo del Rdo. Ángel Herreros de Mora, titulado *La Iglesia de Jesucristo en España*, a la memoria del cual deseamos públicamente rendir homenaje; pues habiendo sido perseguido en el siglo pasado por haber abrazado la Reforma, tuvo que huir a América, volviendo más tarde a su patria; pero pasando por Lisboa encontró un núcleo de creyentes evangélicos, al cual se dedicó, empezando en esta ciudad de Lisboa a predicar el Evangelio y organizando la Iglesia Española Reformada hace aproximadamente sesenta años, de donde nació más tarde la Iglesia Lusitana. El Rdo. Mora está sepultado en el cementerio «Dos Prazeres».

BELARMINO BARATA,
Director de Portugal Novo.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18

MADRID 4

APARTADO 4024

TELÉFONO 33.590.

Suscríbese a ESPAÑA EVANGÉLICA

La Reforma y las Misiones en Portugal.

PORTUGAL es una nación del tipo de aquellas donde la Reforma se intentó varias veces dentro de la Iglesia oficial, sin lograrla, y donde la obra misionera, de origen o impulso extranjero, va ahora avanzando lentamente, sin haber encontrado todavía el camino del despertamiento religioso colectivo, que ha de ser la iniciación de la Reforma nacional.

En estas características creo que se asemejan mucho a la nación vecina y amiga, con cuya historia siempre ha tenido muchas afinidades.

Es mi opinión que un movimiento misionero de procedencia extraña obra como el abono, no criando, sino activando las energías latentes en las almas adormecidas e ignorantes de la Verdad. Después de suficientemente evangelizada una nación, levanta o desenvuelve su Iglesia, sea ella Uganda, o Conchinchina, o Italia.

La actual obra misionera en Portugal, continental e insular (con Azores y Madeira), entiendo que debe ser estudiada independientemente de la de las colonias portuguesas de Africa y de Asia, porque éstas han sido hechas cosa aparte de su administración, vida eclesiástica y hasta lenguas usadas.

Sólo ahora, gracias a las medidas de «portugalización» del Gobierno portugués, se esboza una cierta aproximación, que si fuese utilizada en un método de inteligentes permutas para descanso y aprendizaje, haría de la metrópoli portuguesa un buen vivero de misioneros nacionales, y de las colonias un buen medio de preparación de pastores y profesores para todo el territorio de la República.

No hablaremos, pues, ahora de las colonias.

Trabajan en el continente portugués: una Sociedad episcopal y otra wesleyana, ambas inglesas; una Sociedad congregacionalista, otra bautista y otra presbiteriana, brasileñas; una Sociedad bautista del Sur de los Estados Unidos, y tres grupos distintos de cristianos no organizados eclesiásticamente, dos de éstos de origen inglés y el otro suizo.

Uno de estos grupos, del tipo de los llamados «hermanos», tiene extendido su trabajo a las Azores; y en la isla de Madeira trabajan presbiterianos escoceses, metodistas episcopales que están transfiriendo su dirección y auxilio norteamericano al brasileño, y un grupo de «hermanos» de origen y auxilio inglés.

De hace unos veinte años el movimiento va pasando lenta y gradualmente de la evangelización sajona a la brasileña. Fenómeno curioso, si se considera que el Brasil, antigua posesión portuguesa y hoy nación, hermana la lengua, la cultura y la tradición religiosa, y donde hay más de medio millón de evangélicos, incluyendo los doscientos mil luteranos alemanes del Estado de Santa Catalina.

Fueron los congregacionalistas brasile-



Iglesia de «Torne», Gaia. Una de las más antiguas, fundada por Diego Cassels.

ños, de un tipo radical, que no bautizaban niños, los iniciadores de esa evangelización del Brasil en Portugal. También ellos han sido los creadores más activos de pequeños Centros sin pastor, por las provincias, muchos de los cuales se vieron obligados a abandonar. Necesitan de un ministerio numeroso y culto y de un vínculo de cohesión permanente y sobre los dirigentes personajes. Un pequeño Instituto teológico de cooperación, establecido en Lisboa, cuenta principalmente con jóvenes de sus Iglesias.

Los bautistas, más individualistas en doctrina y procedimientos, dieron en los últimos años un noble ejemplo de expansión misionera. Tienen un pequeño Instituto de preparación de sus obreros, y están hoy divididos en dos grupos de la misma base confesional, mas con diferentes elementos y organización.

La obra metodista wesleyana, es, por su estructura y naturaleza, permanentemente misionera. Por eso no es de extrañar que no esté nacionalizada como la Iglesia más fuerte que se ha fundado en el país, debido a los esfuerzos y fidelidad del misionero Rdo. Roberto H. Moreton. Con todo, esa Iglesia ha recibido el auxilio de algunos de los más fuertes apoyos del Evangelismo portugués.

Los Centros de cristianos no organiza-

dos tuvieron hasta ahora un lento, mas seguro, incremento; pareciéndonos esa firmeza de avance debido a las figuras de gran relieve moral y evangélico que han estado a su cabeza.

Hace dos años se organizó el primer Concilio presbiteriano portugués, el Presbiterio de Lisboa. De este Presbiterio forman parte dos Iglesias. Las episcopales son nueve, algunas de ellas las más antiguas de la nación, pero no las más fuertes.

Tanto el Concilio presbiteriano (de la Iglesia Evangélica de Portugal), como el Sínodo episcopal (de la Iglesia Lusitana Evangélica), pretenden ser la continuación del viejo cristianismo

portugués, una dando a su historia una interpretación sinodal presbiteriana, y el otro, una interpretación jerárquica personal.

Una mayor aproximación intereclesiástica podría promover en nuestro país una educación general de los hijos de la Iglesia y una preparación sólida de los obreros; la misión interior y la misión colonial.

La incrustación en la vida nacional de la Iglesia con nombres exóticos o de fisonomía erudita, nombres que figuran por derecho propio en un tratado de teología dogmática o de historia eclesiástica general, mas nada dicen a la mente del pueblo, nada

ayudan, me parece a mí, a la evangelización. Ellas representan luchas de ideales altos y respetables, mas como tuvieron lugar muy lejos de aquí, no hacen vibrar el alma nacional, a no ser que fuese posible reproducirlas de manera no artificial en este nuevo ambiente.

Lo que el alma nacional sintió y lo que son para ella cuestiones vitales, son el regalismo, en frente del ultramontanismo, ambos equivocados en más de un punto; una liturgia sencilla, enfrente del exceso de pompa en el culto, exagerando ambos, a mi ver, sus puntos de vista; una intervención popular o laica en la Iglesia, enfrente del predominio clerical, habiendo igualmente faltas por ambas partes en la reivindicación de sus pretendidos derechos.

Roma, al luchar con el paganismo, que entretanto todavía está luciente en el fondo del vivir del pueblo, tomó un camino que no fué bueno. Importa ahora tomar por el camino opuesto, evitando todos los excesos a que siempre tienden las reacciones.

Hecho esto, revivirían las gloriosas tradiciones del grande humanista, Damián de Goes, el más perfecto cronista del siglo XVI, amigo de Erasmo de Rotterdam, de Lutero, de Melancthon y de Juan de Pomerania, tal vez el iniciador de los cul-

tos protestantes en Lisboa; de Fray Roque de Almeida, el primer abjurante portugués; de Fernando de Oliveira, autor de la primera gramática portuguesa, que se volvió loco por las torturas inquisitoriales, horroroso crimen del mismo Tribunal que encarceló al cronista mayor Fernando de Pina, que quemó al evangélico portugués Juan da Costa, cuyo proceso va a ser publicado en breve por el Dr. Joaquín de Carvalho. También de las prisiones de Xabregas, donde lo custodiaba la Inquisición, por haber facilitado la huida a Jorge Buchanan, el amigo de Juan Knox.

La Biblia fué traducida al portugués en el siglo XVII, excepto los profetas menores, por Juan Ferreira de Almeida, pastor portugués de la Iglesia Reformada, que evangelizó a sus compatriotas de India y Java, en tierras conquistadas a Portugal por los holandeses.

Ya antes, la reina Doña Leonor, esposa de D. Juan II, en 1495, patrocinó la publicación de la traducción de una especie de *Diatessaron*, obra compuesta en latín, bajo el título de *De Vita Christi*, por Ludolfo de Sajonia. Conteniéndose ahí, aunque no en forma canónica, el texto de los cuatro Evangelios, por iniciativa de la misma excelsa señora, se publicó en 1505 una versión de los Hechos de los Apóstoles y de las Epístolas Universales.

La Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, desde los comienzos del siglo XIX, ha hecho propaganda de las Escrituras de la versión de Almeida y también de la del Padre Antonio Pereira de Figueiredo, que data de mediados del siglo XVIII; y tan extensa ha sido la propaganda, que se le puede llamar una sistemática sementera.

Falta ahora cultivar y recoger los resultados de tan hermosa labor, también con fidelidad y cuidado, lo cual habrá de ser obra de la Iglesia Nacional, al lado de los grupos radicales, y en paz bendita y fructuosa.

Entre los colportores han surgido admirables consagraciones desde mitad del siglo pasado. No es posible hablar de todos, pero deseo recordar a Antonio Vieira, Patrocinio Díaz, Veiga, Manuel de Sousa e Silva, Braulio da Silva, que hicieron buen papel al lado de aquellos pastores que se llamaron Cândido Joaquín de Sousa, Diego Cassels, Angel Herreros de Mora, Manuel dos Santos Carvalho, y algunos más.

La contrarreforma de los jesuitas y dominicos fué tan perfecta (?) en Portugal, que consiguió devastar todas las bibliotecas particulares, destruyendo por el fuego todos los libros sospechosos de hereéticos. La investigación oficial alcanzaba hasta los navíos que entraban en nuestros puertos.

Ya en 1508 aparecía en documento regio el miedo a la propaganda anticatólica por la Prensa, jaun antes de la Reforma! Todavía abundante literatura evangélica española circuló por Portugal, y a

pesar del fuego, se salvó el único ejemplar del *Diálogo de Doctrina Cristiana*, de Juan de Valdés, que hasta hoy en España se tenía por desaparecido. La Universidad de Coimbra, hace cuatro años, hizo una reproducción en cincografía, con un extenso prefacio de M. Marcel Baillon.

En cuanto a las persecuciones personales, el director del Archivo de Torre de Tombo, D. Antonio Baiao, ha calculado en 200 el número de los procesos de protestantes, pero no estando hecho el cálculo con el conocimiento íntimo del modo de ser protestante el examen de los pro-



Iglesia Lisboense Congregacionalista.

cesos, es de presumir que ese número será mayor.

Sería muy a propósito hacer un llamamiento a la juventud protestante del mundo entero, para promover en Portugal, pequeño país de seis millones de almas y 90.000 kilómetros cuadrados, la réplica a la contrarreforma, por medio de una obra misionera, también sistemática y también servida por el fuego, aunque no el fuego inquisitorial, sino el fuego del entusiasmo evangélico.

La literatura evangélica nacional tuvo sus comienzos en el siglo XVI con Antonio Pereira Marremaque, de la corte de D. Manuel I, hidalgo del más alto linaje en el reino, cuyas obras, citadas por Barbosa en la *Biblioteca Lusitana*, se perdieron todas. La continuación conocida de esa malograda acción literaria, la vemos en el siglo XVIII con el Caballero de Oliveira, que refugiado en Londres por delitos de opinión, o tal vez por otros delitos, se convirtió al Evangelio en 1746.

Escribió en francés y portugués, procurando llamar la atención de la Europa liberal hacia su patria, y esforzándose por traer a sus compatriotas al conocimiento de la verdad. Fué quemado en

efigie por la Inquisición de Lisboa en el año 1761, tal como Juan Ferreira de Almeida fuera quemado en efigie por la Inquisición de Goa.

Recientemente la Biblioteca Nacional de Lisboa publicó la *Recreação Periódica*, de Oliveira, y la Universidad de Coimbra el célebre *Discours Pathétique*, debiendo salir dentro de pocos días, con una introducción por el que estas líneas escribe, su otro libro *Reflexoes sobre a tentativa Teologica do Padre Pereira*.

Pocas obras originales se han producido entre nosotros, habiendo la Sociedad de Tratados Religiosos, de Londres (benemérita institución, que con las Sociedades Bíblicas Británica y Escocesa lleva una gran labor de evangelización), incrementando la traducción de libros ingleses. Comienza ahora a dibujarse una vida mental más intensa en el evangélico portugués, descollando entre sus pocos escritores, como investigador, el mayor Santos Ferreira, y como polemista, el Rdo. Joaquín dos Santos Figueiredo, obispo electo de la Iglesia Lusitana.

Entre los himnólogos deseo citar, entre los antiguos, a Kalley y Holden, y entre los modernos, a los señores Wright y Raúl Gonçalves. Un hombre que con un solo himno dió la medida de sí, fué el pastor presbiteriano José Nunes Chaves, fallecido en el púlpito, en plena pujanza de un notable talento.

Las relaciones interconfesionales son aquí, en general, buenas, adhiriéndose los mismos «hermanos», individualmente, al movimiento de oración y de reivindicación de la rama portuguesa de la Alianza Evangélica Universal, y haciendo algunas veces cesión del púlpito, hasta de parte de los extremismos eclesíasticos, a favor de los obreros de otras Iglesias.

La monarquía absoluta cayó decisivamente en Portugal en 1834, catorce años después de haber terminado la Inquisición sus tenebrosos días; y la monarquía liberal cedió el paso al régimen republicano en 1910. Si es cierto que los primeros ejemplares bíblicos fueron traídos por capellanes británicos en días de las luchas napoleónicas, sólo hubo evangelización regular presbiteriana, en la isla de Madera, desde 1838, y anglicana en Lisboa, desde 1839, debida la primera al cocés Dr. Roberto Reid Kalley, y la segunda, al español Dr. Vicente Gómez Togar.

El primer trabajo anglicano no dejó vestigios conocidos, y el presbiteriano que fué llamado «O maior acontecimento das missoes modernas», sufrió la gran parte de las persecuciones registradas en la historia de las Iglesias evangélicas de Portugal.

Los novecientos o mil maderenses víctimas de esa persecución, fueron los núcleos y el estímulo de la evangelización de las colonias de portugueses en los Estados Unidos y en el Brasil, y así, como es de suponer, de la moderna evangelización

LA MUJER Y LA IGLESIA

ción de la metrópoli portuguesa, la cual data de 1866.

Otra persecución, con cierto tinte oficial, sólo se registra en Lisboa en 1901, y cesó en pocos días. Es nuestro deber afirmar que habitualmente no hay espíritu de una fuerte animosidad de parte de las autoridades, ni del pueblo, cuando no es instigado por los sacerdotes de Roma. Los esbozos de persecución de parte de los elementos ateos, en días de perturbación política, no han tenido consecuencias serias.

El régimen actual derogó la ley más represiva de la libertad religiosa, que la monarquía liberal promulgara: el Código penal de 1886. Al considerar estos años de libertad religiosa legislada, se tiene la impresión de que el no aprovecharse bien los beneficios de esta legislación se debe a la pequeñez de los grupos evangélicos.

E. M.

Portugal y España.

Portugal y España.

¡Momento horrible el actual! El mundo, abriendo las fauces en un rictus estúpido y angustioso, nos muestra todas sus miserias, sus vicios, pasiones y maldades.

La política ciega a la Humanidad; los cuatro ángulos del mundo están siendo teatro de luchas fratricidas. El delirio de innobles goces arrastra hombres, mujeres y jóvenes en nauseabundo lodazal. ¡Las más bajas y ruines pasiones son manifestadas en la sociedad perversa! ¡El mundo está loco!

El error, la mentira y la superstición pretenden avasallar la mentalidad de los pueblos. El pulpo extiende sus tentáculos, mucosas dilatadas, pronto a enlazar y absorber a la Humanidad, arrancándole poco a poco, ávidamente, la energía, la vida libre, la condición divina; estorbándole los movimientos, la libertad de conciencia.

Y es, bajo esta tempestad de pasiones, luchando desesperadamente, mas gloriosamente, contra tan lodoso vendaval, cómo los creyentes portugueses van, guiados por el Altísimo e inspirados en las máximas sublimes del amor del Evangelio, a dar las manos a sus queridos hermanos de España, abrazándolos en el nombre del Salvador bendito, Jesucristo.

Y este abrazo, ciertamente, llevará a portugueses y españoles a un mayor interés por la Causa común, un más íntimo conocimiento y un deseo más y más ardiente de salvar las dos Patrias para Cristo.

Que todos nosotros, españoles y portugueses, borrando fronteras y recordando las afinidades de raza, nos unamos en una amplia cooperación y trabajemos, cada vez con mayor intensidad, en la propaganda del Evangelio y en la defensa de la Santa Causa del Señor de señores, del Rey de reyes, del Dios Altísimo.

ROBERTO S. CANUTO,
De la Sociedad de Tratados.

MUCHO se ha dicho y escrito sobre la Iglesia en los tiempos apostólicos y el beneficio que hay para la Iglesia de hoy en considerarla e imitarla. El asunto también se ha estudiado desde diferentes aspectos, todos importantes y llenos de lecciones. Sin embargo, a uno de ellos se le ha dado muy poca atención: el tipo de mujer característico de la Iglesia apostólica y su poderosa contribución al crecimiento de la Iglesia y a la propaganda del Evangelio.

Es bien conocido y universalmente aceptado como verdadero el aforismo: «La mano que mece la cuna es la que gobierna el mundo». ¿Será menos verdad que esa mano es la que promueve, humanamente hablando, la salud, la fuerza y el triunfo de la Iglesia? ¿Y no valdrá la pena de pensar seriamente si el tipo de mujer cristiana, predominante en la Península, corresponde al tipo de mujer cristiana de los tiempos apostólicos? ¿Si la mujer peninsular, con sus espléndidas cualidades, ha sido orientada hacia una perfecta consagración a Cristo?

No sé lo que ocurre en España. Creo que el fuego prolongado de la persecución, la herencia del testimonio acumulado durante siglos, debe de haber producido metal de más fino temple en los cristianos de ambos sexos. En Portugal, me atrevo a afirmar con profunda tristeza y el debido respeto a las excepciones que he tenido la dicha de conocer, se siente mucho la falta de la mujer cristiana ideal, la mujer consciente y educada a propósito para servir a Cristo sirviendo a su Iglesia. Háblase mucho de los derechos de la mujer cristiana, y se olvida, sin embargo, que el más alto de esos derechos es estar preparada y pronta para cumplir noblemente sus deberes. Y el deber de la mujer es el que Dios le asignó al crearla, designándola como la «compañera» del hombre. Esa es la misión de la mujer cristiana, y es en cumplimiento de esa misión como la encontramos en las Epístolas, imponiéndose a la admiración de gigantes como San Pablo.

«Permanece en lo que aprendiste y te persuadiste, sabiendo de quienes aprendiste», decía él a Timoteo, no encontrando mayor motivo de estímulo para que el joven ministro se arraigara en las santas verdades, que el recuerdo de las piadosas mujeres, la madre y la abuela, que en el retiro del hogar en Listra, le habían instruido en las sagradas letras.

¿Qué clase de mujeres eran Eunice y Loida? ¿Quién era Priscila, cooperadora

del Apóstol? ¿Quién era María, la cual trabajó mucho? ¿Quién era la madre de Rufo, a la que ensalza Pablo llamándola «su madre»? ¿Quién era Febe, Euodia, Síntique, Pérsida y todas las demás que encontramos en las Cartas Apostólicas? Comparando las cosas unas con otras, no podemos tener dudas: esas mujeres eran verdaderas mujeres, mujeres ricas y pobres, de origen gentil o judaico, que, conscientes de sus fuerzas y flaquezas, habían consagrado todo lo que eran y todo lo que tenían al servicio del Señor, que las había rescatado. Eran mujeres llenas de modestia cristiana, que es humildad, mas no servilismo, que es una justa medida del valor de un alma de mujer, con todas las cualidades en que el hombre es deficiente y que tan preciosas son para el servicio. Eran mujeres que sabían ayudar a los siervos de Dios, que sabían hospedarlos y asistirlos en la enfermedad y en la prisión, que sabían animarlos y acompañarlos con simpatía y oración y trabajar con ellos en la formación de mentes y corazones juveniles, regando con paciencia en el remanso del hogar la simiente lanzada en las breves horas de predicación, fomentando por el buen testimonio de la vida diaria el crecimiento de la palabra.

¿No será de esto de lo que hoy carece la Iglesia? ¿De mujeres verdaderamente mujeres, de verdaderas mujeres verdaderamente cristianas? ¿Mujeres llenas del espíritu de Cristo, capaces de arrostrar la persecución y el martirio por amor de su nombre, capaces también de cumplir paciente y noblemente sus deberes en la casa y en la Iglesia? ¿Mujeres que sean buenas esposas, buenas madres, buenas hijas, buenas hermanas? ¿Mujeres que sepan instruir a los niños y a los jóvenes? ¿Que sepan practicar la hospitalidad, tratar a los enfermos y consolar a los tristes? ¿Que sepan amparar y animar a los que hacen frente a la batalla y agonizar en oración por las almas a que han llevado el mensaje?

¿No será de mujeres de esta clase, y no de mujeres con dotes literarias u oratorias, de lo que carece la Iglesia en la Península para triunfar del materialismo y de la falsa religión?

¿Da la Iglesia al elemento femenino la importancia que le dieron los apóstoles y el mismo Señor Jesucristo?

A los pastores y a cuantos pueden orientar la juventud femenina de las Iglesias dejamos aquí nuestro llamamiento, que proviene del triste reconocimiento de que la mujer peninsular, que tanto se ha distinguido en la Historia por sus nobles cualidades, no ha desempeñado en la Iglesia la misión que debía, sin duda, por falta de dirección.

DIAMANTINA E. DA CONCEIÇÃO.

El analfabetismo en la Península

EL analfabetismo es esa mancha negra que en la estadística de los pueblos civilizados nos presenta el número y el porcentaje de los individuos que no saben leer ni escribir.

De las últimas estadísticas que tenemos a mano, referentes ya a 1927, se concluye, con verdadero pesar para todos los buenos patriotas, que la mancha del analfabetismo en la Península es de las mayores de Europa. Portugal aparece con un porcentaje global de 75,05, y España, con 59,35, lo que da para la Península una vergonzosa media de 67,02; porcentaje que en la misma Turquía no pasa de 54,3.

Del mismo modo, si excluimos a los individuos en edad escolar, y sólo consideramos las personas de más de quince años, aun así encontramos estas elevadas cifras: En España, de sus 19.995.686 habitantes, 5.691.000 no saben leer ni escribir, o sea un porcentaje de 31,17, y en Portugal todavía estamos peor, pues de sus 6.033.000 habitantes, hay 2.208.000, para los cuales la letra no representa nada, o sea un porcentaje de 36,94. En muchos países de Europa este porcentaje no llega al 1 por 100.

¿A qué atribuir este atraso de la Península ibérica? Muchos hay que creen que esto es culpa de los Gobiernos por no abrir más escuelas y no gastar más dinero en la instrucción. Aunque en Portugal y en España no haya todavía tantas escuelas como fueran necesarias, ni se gaste en enseñanza todo lo que debía gastarse, es cierto que las estadísticas demuestran que hay países donde se gasta menos y se obtienen mejores resultados. ¿Por qué?

Las causas de esta nuestra inferioridad peninsular pueden ser múltiples, mas la principal se prueba con una simple consulta a las estadísticas, las cuales nos dicen que los pueblos con menor porcentaje de analfabetos son los pueblos protestantes. La influencia de la religión evangélica en el desarrollo de la instrucción es, por tanto, uno de los principales factores del progreso, cosa que está absolutamente averiguada por la ciencia económica.

Sin necesidad de consultar estadísticas, basta observar lo que pasa con las Iglesias Evangélicas de los dos países peninsulares. Al lado de cada Iglesia Evangélica hay una Escuela Dominical, y muchas veces también una escuela diaria. Las Iglesias Evangélicas portuguesas, pobres y humildes como son, tienen en sus Escuelas Dominicanas nada menos que 4.000

alumnos, entre los cuales se cuentan 800 adultos. En sus escuelas diarias reciben instrucción primaria más de 1.200 alumnos.

¿Y cuál es la Iglesia Evangélica que no cuenta varios adultos de ambos sexos que llevados por el deseo de leer la Sagrada Escritura y de acompañar los himnos en el culto público, no han aprendido a leer después de avanzada edad?

Podemos admitir que la instrucción por sí sola no basta para el progreso y la felicidad de un país; mas cuando sabemos que la instrucción puede inspirarla el Evangelio puro de Cristo, concluimos que abrazar ese Evangelio y seguir la religión sólo por El inspirada es, no sólo la mayor riqueza para el alma, sino también un deber patriótico para ser la mejor contribución para la felicidad y progreso de nuestra Patria.

ALFREDO DA SILVA,
Superintendente de la Iglesia Wesleyana.

Colportaje en Portugal.

El trabajo en Portugal ha sido hecho, desde hace muchos años, metódicamente; por eso no hay lugarejo alguno en Portugal que no haya sido visitado por los colportores. En los tiempos pasados las dificultades eran grandes: un colporteur que intentara introducirse en ciertos lugares arriesgaba su propia vida, porque el pueblo, fanatizado por los sacerdotes romanistas, cometía verdaderas enormidades.

Los tiempos cambiaron, y hoy, gracias a Dios, podemos viajar de Norte a Sur del país sin gran peligro, y cuando se inicia cualquier conflicto — lo que es raro — tenemos la protección de las autoridades.

En Lisboa conseguimos del Ayuntamiento una licencia para la propaganda del Libro en las plazas públicas, y con la ayuda de hermosas estampas bíblicas, que explicamos al pueblo, hemos conseguido ventas espléndidas. Podemos decir, sin miedo a la contradicción, que las Sagradas Escrituras son los libros más leídos en Portugal; basta examinar la estadística de salida de libros en Portugal, de la Sociedad Bíblica, para demostrar esta verdad.

El total de los libros distribuidos por medio de la Agencia de la Sociedad Bíblica en Portugal, durante estos últimos veinticinco años, fué de 1.083.824 ejemplares. ¡Que Dios bendiga tan grande sementera!

ANTONIO A. GIL,
Colporteur.

¡Fe! ¡Esperanza! ¡Amor!

Momento de sincero júbilo el momento en que me llega a las manos la amable invitación para colaborar en el número especial de ESPAÑA EVANGÉLICA, que quedará como una piedra testimonial de la Unión Cristiana Ibérica.

Este júbilo, que hinche mi alma, no es propiamente y solamente por la honra que me es concedida, y sí por la certeza (fe), y por la certeza (esperanza) de que el Señor nos está permitiendo asistir (a nosotros, portugueses y españoles) al comienzo de la realización de una grande aspiración de los creyentes en el Señor Jesús.

¡Gran bendición! Abundante gracia, que obra esta maravilla y hace germinar la hermosa planta de la fraternidad de Cristo entre dos naciones.

¡Gloria al Señor! ¡Aleluya!

En la ya tan distante visita de los tres hermanos españoles, los reverendos Cabrera y Arenales y D. Adolfo, yo quise manifestar en ellos a todos los hermanos de España mi gratitud delante del Señor por aquellas horas de comunión fraternal y mi alegría por tan agradable visita. Entonces, me acordé de proponer una nueva actividad u organización que podría llamarse «Intercambio de visitas entre los hermanos y las Iglesias de los dos países». Si muy mal supe cumplimentar a los amados visitantes, peor todavía presentar esta idea, que por cierto no fué original.

La verdad es que esa organización está en marcha; presumo que son éstos sus primeros pasos. ¡Gracias a Dios!

Que esta hora solemne, en que dos pueblos se unen en un abrazo de amor, de amor cristiano, sea por el favor de Dios una hora perenne: de fe en el Señor Jesús, en el cual todo lo podemos; de esperanza y visión de dos patrias ganadas para Cristo, y de amor, de amor de Dios, amor mutuo, permanencia en Dios, caridad perfecta de unos a otros y celo y piedad por los que en ambos países no conocen aún a Cristo, el Salvador.

ABEL MARIO LEHMANN

Tenemos especial placer en presentar, a nuestros lectores, este hermoso conjunto de trabajos escritos por nuestros amados hermanos portugueses, «pensando en España».

Han dado, con ello, buena prueba de que el movimiento evangélico portugués piensa serenamente, siente hondamente, quiere ardientemente y está preparándose rápidamente para grandes hazañas por Cristo y Portugal.

Correspondemos, efusivamente, a sus saluciones y buenos deseos y, aunque hemos querido expresar esto con el número español de *Portugal Novo*, queremos aquí hacerlo constar para satisfacción de nuestros lectores que, tan complacidos, leerán este número de *ESPAÑA EVANGÉLICA*.